

Del mercado negro a la comunidad negra



Del mercado negro a la comunidad negra

La falta de comunidad (negra) fue lo que más me afectó cuando llegué por primera vez a España. Esto puede sonar extraño para algunos lectores. Se ven imágenes de grupos de personas disfrutando de cenas durante los días de verano, asistiendo anualmente a festivales, y las constantes quedadas tienen lugar cada noche aquí en España. Entonces, ¿cómo puede ser? ¿Qué es lo que le falta a nuestra comunidad en España?

Esto se enmarca en mi viaje desde Estados Unidos para unirme al programa NALCAP: Programa Norteamericano de Asistentes Culturales del Lenguaje[1]. Este programa me permitió trabajar en el sistema educativo junto a profesores de inglés, ayudándoles a mejorar el nivel de los estudiantes en pronunciación, expresión oral, comprensión y sensibilidad cultural. Durante la redacción de este artículo, el programa se encontraba en suspenso debido a las tensiones entre las comunidades autónomas y el Gobierno español

en relación con el estatus laboral y las presuntas vulneraciones de los derechos de los auxiliares de conversación. La Comunidad Valenciana y Andalucía no formarán parte del programa durante el curso 2026-2027 y la participación del resto de comunidades permanece en el limbo. En cualquier caso, dado que personas en mi situación probablemente ya no estarán presentes aquí, esta no es la comunidad a la que me refiero. Esa comunidad, que sí está presente en Portugal, Reino Unido y Francia, carece en España de estructura, visibilidad y representación.

Cuando entré en el sistema educativo, una cosa me quedó clara: apenas había estudiantes negros y, muy probablemente, tampoco profesores negros. Este año di clase a un alumno negro en mi centro (además de varios niños visiblemente mestizos, cuya identidad no pregunté), y el año anterior conocí a una única profesora negra procedente de Francia, quien me comentó que era la única profesora negra de toda la Comunidad Valenciana. Evidentemente, mi presencia supuso algo significativo para los alumnos, los profesores y la comunidad educativa en general.

La representación en el profesorado, los temas que llevaba al aula o simplemente el hecho de ocupar ese puesto como persona negra aportaban algo que faltaba en un entorno donde “lo negro” y la cultura negra ya eran consumidos. Sin embargo, la falta de representación en el sistema educativo no implica necesariamente una ausencia de presencia en la vida pública. Tras vivir en la pequeña localidad costera de Torrevieja y viajar a Valencia, Madrid o la preciosa Barcelona, comprobé que sí existe una presencia negra en España.

Esta presencia negra se hace visible principalmente durante la noche o, en ocasiones, cuando no hay presencia policial cerca: en los paseos marítimos, en las playas y en otros espacios públicos. Algunas personas se dedican al top manta, exponiendo mercancía a los paseantes e invitándoles a comprarla. Desde las últimas tendencias en ropa, zapatillas y mochilas —que muchos asumen que son falsificaciones— hasta servicios como el trenzado del cabello eran ofrecidos. Entonces, ¿dónde habita realmente esta comunidad?

Me acostumbré tan rápido a la presencia negra que la di por sentada. Sin embargo, al término de mis dos primeras semanas en España, eché en falta esa conectividad. Lo negro

en Estados Unidos constituye una fuerza multicultural, multigeneracional y multiétnica que ha dado forma a la política, la cultura, la filosofía y la historia a través de la perseverancia, la unidad y la determinación frente a la opresión y el racismo.

Debido a la naturaleza históricamente excluyente de la blanquitud, al imaginario colectivo construido en torno a la lucha contra los invasores del norte de África y al binarismo entre pureza y pecado presente en la tradición cristiana, considero que resulta extremadamente difícil para una persona con mi apariencia —con rasgos afrodescendientes— ser plenamente incluida en la estructura psicosocial que permea gran parte de las comunidades españolas.

Desde mi punto de vista, la psique colectiva de una parte importante de la sociedad española, a veces reforzada por celebraciones religiosas o por referencias constantes a victorias bélicas del pasado, dificulta que personas de diversos orígenes sean aceptadas de manera genuina sin que algunos sientan que están traicionando a su gente, su patria, sus ancestros o su historia. Esto no era el “Nuevo Mundo”, construido a partir de la inmigración.

Aquí yo era “el de fuera”, y mientras viviese aquí lo seguiría siendo. No parecía haber espacio para “otra comunidad”. La única manera de sobrevivir —si es que puede llamarse así— era asimilarse y aceptar un papel de persona tolerada, infantilizada y desprovista de historia propia, a quien se le permitía estar aquí gracias a la benevolencia de las instituciones.

Dos ejemplos de comunidades que reflejaban la falta de inclusión que observé inicialmente en las aulas eran los alumnos de origen marroquí y los de origen romaní, despectivamente llamados gitanos.

En cuanto a los estudiantes de ascendencia marroquí, identificaba dos perfiles: aquellos que ya eran ciudadanos españoles pero mantenían una fuerte vinculación con Marruecos y aquellos inmigrantes que se encontraban en proceso de adquirir la ciudadanía. La mayoría eran musulmanes; muchos hablaban español con fluidez y otros alternaban entre el árabe darija y el francés, al tiempo que aprendían junto al resto de estudiantes, aunque con ciertas dificultades.

Recuerdo que, durante mi primer año, vi cómo un profesor de inglés era reprendido por realizar una breve charla informativa sobre el Ramadán. El incidente salió a la luz porque en la pizarra permanecían referencias a la actividad cuando llegó el siguiente docente. Se le invitó a no volver a abordar estos temas en el aula, mientras que festividades como la Navidad, la Semana Santa o las fiestas de Moros y Cristianos eran ampliamente explicadas y formaban parte natural del calendario escolar. La historia compartida entre Marruecos y España es larga, pero sus poblaciones parecen hoy más separadas que nunca, salvo quizás en el ámbito deportivo.

En cuanto al alumnado de origen romaní, la situación me resultaba igualmente llamativa.

Estos alumnos disponían, en principio, de todos los elementos necesarios para una integración plena en la sociedad: lengua, escolarización temprana y pertenencia cultural al país. Sin embargo, observaba una desconexión constante. Mientras escribía estas líneas, no recordaba haber visto a ningún profesor intentar convencer a alguno de estos alumnos para integrarse plenamente en la dinámica del grupo. Parecía existir una aceptación tácita de la distancia que los separaba del resto.

Puede que las razones sean múltiples. Tal vez el profesorado haya intentado durante años fomentar la inclusión sin obtener resultados duraderos. Quizá algunos alumnos se hayan sentido tan alejados de las expectativas académicas que simplemente hayan abandonado cualquier implicación emocional con la escuela. Tal vez las familias tampoco hayan encontrado incentivos suficientes para fortalecer ese vínculo. Sea cual sea la causa, ambos grupos parecen compartir una sensación de no pertenecer plenamente ni al sistema educativo ni, en última instancia, a la estructura social dominante.

Para concluir este punto, nunca conocí a un profesor perteneciente a ninguno de estos grupos. Además, sus comunidades tendían a concentrarse en determinados barrios o zonas de las ciudades, alejadas de la mayoría blanca del país. Esa separación me recordaba inevitablemente al viejo principio de “separados pero iguales”. Y, una vez más, tampoco encontraba apenas personas negras fuera de determinados espacios de culto.

En este contexto, recientemente España anunció un programa de regularización mediante decreto ley con el objetivo de conceder documentación a más de quinientos mil migrantes y refugiados residentes en el país, facilitando así su acceso al mercado laboral. Esta medida se convirtió en un importante foco de debate porque puso de manifiesto una doble realidad que enfrenta actualmente España. Por una parte, el Gobierno de Pedro Sánchez (de centroizquierda) proyectaba la imagen de un ejecutivo progresista, una identidad política con la que su partido ha buscado identificarse.

Con ello pretendía marcar distancia respecto a cualquier indicio de autoritarismo en la gestión del llamado “problema migratorio”, especialmente frente a las políticas adoptadas tanto en Estados Unidos como en algunos países de la Unión Europea mediante legislaciones de “mano dura”. Asimismo, evitaba el riesgo de perder el apoyo de parte del electorado progresista y de sus aliados políticos tanto en Europa como a escala global.

Por otra parte, España afronta una situación compleja en lo que respecta a su propia ciudadanía. La dificultad de acceso a la vivienda, el aumento del coste de la vida, la escasez de oportunidades laborales y la concentración demográfica en las principales ciudades han llevado al Ejecutivo a replantearse el equilibrio entre el interés público, la inversión económica, las necesidades de la población autóctona y la incorporación de nuevos residentes. En definitiva, se ha reactivado el debate sobre quiénes forman parte del “nosotros” y quiénes continúan siendo percibidos como “ellos”.

¿Ha optado el Gobierno por dejar de lado a parte de su propia comunidad en favor de dar la bienvenida a este nuevo grupo de población —en gran medida negra— sin exigir requisitos culturales, educativos o lingüísticos en nombre del progresismo?

Últimamente, esta cuestión me ha recordado al célebre debate entre James Baldwin y William F. Buckley sobre “la cuestión negra”, retransmitido por la National Educational Television (NET) y organizado en la Universidad de Cambridge en 1965. La pregunta que centró aquel intercambio fue: «¿Se ha construido el Sueño Americano sobre las espaldas

de los afroamericanos?». Si tuviera que adaptar esa cuestión al contexto de 2026, formularía una pregunta similar: ¿puede el sueño occidental sostenerse sobre las espaldas de la mano de obra migrante africana?

Tampoco se me escapa la necesidad de contextualizar estas reformas de carácter progresista dentro del actual escenario internacional, marcado por las tensiones geopolíticas, el distanciamiento entre antiguos aliados, los cambios en la política económica global y la disputa por la hegemonía monetaria. España, en sus recientes desacuerdos con la Casa Blanca y con el presidente Donald Trump, ha mantenido una posición crítica respecto a determinadas políticas asociadas al movimiento MAGA.

Sin embargo, percibo esta medida más como una decisión influida por consideraciones internacionales que como una respuesta centrada exclusivamente en la realidad cotidiana del país. La esclavitud y el trabajo forzado de africanos esclavizados, así como el trabajo de migrantes sin documentación, generaron y siguen generando enormes cantidades de riqueza. Primero para las élites económicas de Estados Unidos y del Imperio colonial español; hoy para distintos sectores económicos que dependen de mano de obra vulnerable. Por ello, no considero descabellado plantear que el impulso regularizador del Gobierno español —y el relativamente escaso rechazo que ha suscitado entre ciertos sectores de la derecha— responda también a intereses económicos compartidos.

La regularización y posterior incorporación al mercado laboral de más de quinientos mil migrantes que ya trabajan en la economía sumergida, destinándolos a sectores con una fuerte demanda de mano de obra —como la agricultura, la construcción o determinadas ramas industriales— y convirtiéndolos en contribuyentes fiscales es una medida que puede resultar atractiva para amplios sectores del espectro político. Simplemente porque resulta difícil imaginar que España pueda competir en la economía global sin una base laboral amplia y flexible, del mismo modo que ocurre en países como Brasil, India, China, Alemania, Reino Unido o Estados Unidos.

Quizá una nueva comunidad negra —y una nueva fuerza de trabajo— comience a hacerse visible a partir de este verano.

Desde mi punto de vista, muchos españoles sienten una profunda admiración por la cultura estadounidense contemporánea, particularmente por aquella que ha sido proyectada globalmente a través de la industria cultural y mediática. Décadas de exposición a películas, música, moda y productos culturales han generado una relación compleja en la que conviven la imitación, la aspiración y el rechazo.

Por una parte, se considera atractivo vestir como los estadounidenses, producir música como ellos, consumir determinados productos culturales o adoptar ciertas tendencias sociales. Por otra, aceptar plenamente un modelo social percibido como propio del “Nuevo Mundo” puede resultar incompatible con determinadas concepciones de la identidad europea. Existe una tensión constante entre la fascinación y la distancia.

Públicamente, Estados Unidos suele ser criticado por la persistencia del supremacismo blanco en su esfera política, por su sistema sanitario, por aspectos de su cultura de consumo o por determinadas decisiones de política exterior. Existe una evidente disonancia. Sin embargo, incluso aceptando esas críticas, también es cierto que la disponibilidad de mano de obra barata —y en ocasiones extremadamente vulnerable— ha contribuido históricamente al mantenimiento de amplios sectores de prosperidad económica.

Desde esta perspectiva, la nueva comunidad negra que pueda consolidarse en España continuará ocupando, en gran medida, aquellos espacios laborales que buena parte de la población autóctona rechaza. A cambio, obtendrá acceso a estabilidad jurídica, oportunidades económicas y, potencialmente, movilidad social. En mi opinión, esta constituye una suerte de acuerdo implícito entre diferentes sectores políticos.

De este modo, las comunidades consideradas autóctonas preservan buena parte de sus tradiciones, narrativas históricas e identidades colectivas, mientras que la incorporación de

nuevas poblaciones permite sostener determinadas necesidades económicas. Así, España encontraría una forma de funcionar como una nación occidental moderna sin reproducir exactamente los modelos de otras sociedades occidentales.

En febrero de 2025, durante el segundo semestre de mi primer año, decidí preparar una clase sobre el Mes de la Historia Negra para mis alumnos y compañeros docentes. Sin embargo, el foco no estuvo puesto en líderes históricos ni en figuras destacadas de la diáspora africana en Occidente. Quise centrar la atención en la comunidad negra existente en España.

Mi objetivo era que los estudiantes reflexionaran sobre una realidad que ya estaba presente a su alrededor pero que, a mi juicio, permanecía invisibilizada. Fue precisamente a través de este proyecto como descubrí y conecté con Puerta de África.

Su labor, centrada en la transformación de las relaciones entre África y Europa a través de la juventud y la diáspora, me resultó especialmente inspiradora. Por primera vez durante mi estancia encontré algo parecido a la comunidad negra que había conocido en Estados Unidos.

Iniciativas como esta están surgiendo en distintos puntos del país y pueden sentar las bases para el desarrollo de una red sociopolítica capaz de dotar a la comunidad negra de una mayor visibilidad y representación. Una comunidad que deje de ser identificada únicamente con la venta ambulante o con los márgenes de la economía y que pueda ser reconocida plenamente por la sociedad, la política y las instituciones.

La necesidad de una educación transcultural entre los aliados de la causa negra en la diáspora occidental es hoy más importante que nunca. La capacidad de aprender, asociarse, adaptar estrategias a cada contexto y desenvolverse en la compleja arena sociopolítica española será fundamental para la supervivencia y consolidación de esta comunidad.

Un énfasis en las leyes y prácticas laborales, la sensibilización cultural y el aprendizaje del idioma, así como la participación política y el conocimiento de los derechos reconocidos, sentará las bases para el surgimiento de la comunidad negra que está por consolidarse. Además, apoyarse en los pocos jóvenes negros y en aquellas personas que ya han sido introducidas en la sociedad española mediante su integración en el sistema educativo puede contribuir a facilitar una transición más fluida para los cientos de miles de personas —muchas de ellas negras— que están pasando de la economía sumergida al mercado laboral español.

[1] North American Language and Culture Assistants Program.